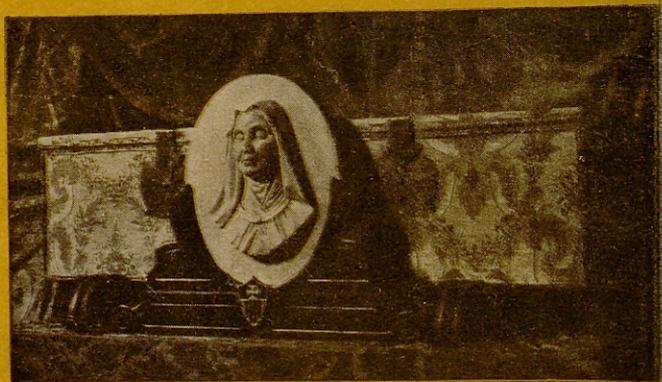


FM  
3830

# Madrid guarda un tesoro.



Beata Mariana de Jesús

Ayuntamiento de Madrid

FM  
3830

"MADRID GUARDA UN TESORO"  
BEATA MARIANA DE JESÚS  
MERCEDARIA



"MADRID GUARDA UN TESORO"

# BEATA MARIANA DE JESÚS,

MERCEDARIA

(1565-1624)

NOTAS DE SU VIDA

por

Una religiosa del Convento de MM. Mercedarias  
de Don Juan de Alarcón, de Madrid



MADRID

1950

Ayuntamiento de Madrid

LICENCIA DE LA ORDEN.

Puede imprimirse:

FR. MIGUEL LÓPEZ,  
*Provincial.*

Madrid, 27 de marzo 1950.

LICENCIA DEL ORDINARIO.

Nihil obstat:

LIC. ABILIO R. VALDIVIELSO.  
*Censor.*

Imprimase:

† CASIMIRO, *Obispo Aux.*  
*y Vic. Gen.*

Madrid, 30 de marzo de 1950.



Bolaños y Aguilar, S. L.—Gral. Sanjurjo, 20, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

R/103.605

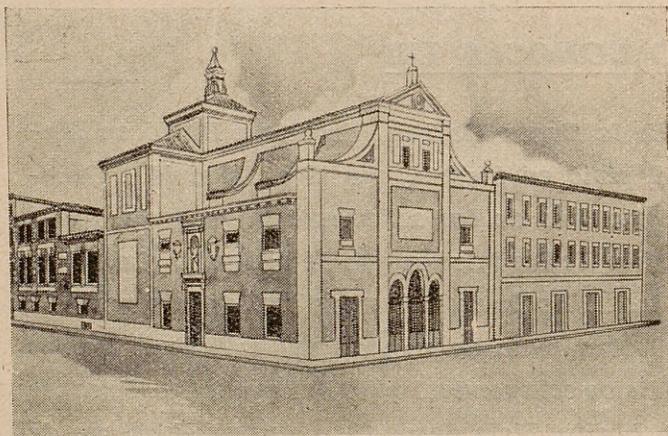
## AL LECTOR

"MADRID GUARDA UN TESORO"

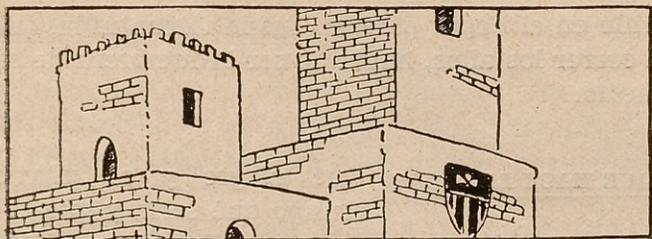
### ¿LO CONOCES TU?

*Es la Beata Mariana de Jesús. Nació en Madrid, vivió en Madrid, murió en Madrid... Recorrió muchas de las calles que tú recorres, visitó muchas de las iglesias que tú visitas... ¿La conoces tu?... No la conoces; por eso... no la amas..., ¡no sabes nada de su vida maravillosa..., de sus prodigios estupendos! ¿Verdad que no?... Pues lee este librito, léele despacio..., aspira el aroma de sus virtudes y... la amarás. La amarás y te acercarás a Ella, y Ella te llevará a Dios.*





Fachada de la iglesia y parte del convento de MM. Mercedarias de Don Juan de Alarcón.



## I

### MADRID TUVO LA FORTUNA

**EN MADRID NACIO UNA NIÑA** Madrid se estremeció bajo las auras frías de su invierno. En el hogar formado por Luis Navarro Ladrón de Guevara y Juana Romero reina la alegría. El Señor ha bendecido su unión y ambos reciben como un regalo del cielo a su primogénita.

Como «pelletero andante de la Corte», se estableció en Madrid cuando Felipe II la hizo residencia real y fijó su morada en la calle de Santiago. En la casa que actualmente lleva el número 2, nació nuestra Beata.

**Y SE LLAMO MARIANA** Fué bautizada en la parroquia de Santiago el día 21 con el nombre de Mariana. Lucecita que

brilló en el hogar paterno fué la tierna niña, que al correr los años, había de ser la lumbrera de su pueblo.

**¿QUE HACE LA NIÑA?** Qué alegre y al mismo tiempo qué seria y qué recogida cuando, aun en brazos, es llevada a la iglesia. Al sonido de la campanilla, en el momento de la elevación, se inquieta y se agita y fija sus ojitos en la blanca Hostia.

Apenas balbucea y ya acompaña con su media lengua el rezo del Santo Rosario.

¿Dónde está Marianita? Sus padres la han buscado por toda la casa. Ella no los oye. Inmóvil ante un altarcito, que se ha formado, está en altísima contemplación. Sólo tiene cuatro años.

**EN POS DE CRISTO** Empieza a sentir a Jesús, y lo demás... es nada para ella. Según dice el proceso informativo, Nuestro Señor y la Santísima Virgen la favorecen con sus visitas y revelaciones.

Por eso la niña se torna pensativa, y, sin saber cómo, se van dibujando en su alma los anhelos de seguir a Cristo y ayudarle a redimir almas.

Entendió de renunciás y sacrificios, privándose de la comida para darla a los pobres, disciplinando su tierno cuerpecito y ayudando a practicar la virtud a los que con ella trataban.

**EL PRIMER ENCUENTRO** con el Señor fué muy pronto. No cumplidos los ocho años, cosa excepcional entonces, fué admitida al banquete eucarístico. ¿Qué diría el Señor al alma de Mariana en este primer encuentro?

**Y SU MADRE MURIO** Su dulce madrecita voló al cielo. La niña tenía nueve años, ¡qué poco gozó del cariño maternal! Su madre había sido para ella guía, consuelo, confidente..., ¡todo! ¡Qué sola quedó entonces!

El segundo matrimonio de su padre, con doña María Jerónima de Pineda, fué motivo de dolor para la niña. Esta señora era buena y virtuosa, pero no comprendió el corazón de Mariana, y si más tarde tuvo para ella atenciones maternas, al principio la causó amarguras sin cuento.

**LA QUIEREN CASAR** Trece años contaba Mariana y era una muchacha linda y graciosa. Sus padres la quieren casar y la buscan un pretendiente digno de ella. ¡Con qué ilusión le preparan la boda!

Mariana se preocupa del arreglo de su persona, quiere complacer a los suyos y acepta esas relaciones. ¡Cuánto lo lloró después! Ella misma dice que «tuvo sus cabezadas y sueñecillos! Pero... llegaba la noche y en el silencio profundo el Señor hablaba a su alma, y muy quedito la de-

cía: «¿Para quién te has adornado y ataviado?»  
Y solicitaba su corazón con amores y regalos.

«CUANDO DIOS LLAMA.. ¿quién podrá resistir-  
le?»—dice ella misma—.

Y tanto llamó y de tantas maneras le pidió el corazón, que un día, después de escuchar un sermón que la impresionó, tomó la determinación de no casarse.

SE RINDIO AL SEÑOR Renunció a joyas y regalos,  
cortó su hermosa cabellera,  
afeó su rostro, rasgó su boca y, después de cuarenta días de oración y penitencia, hizo voto de virginidad en la iglesia de San Miguel.

«SE VOLVIERON CONTRA MI» Tal impresión causó  
este acto heroico,  
que el pretendiente se volvió loco. Y luego...—dice ella—«todos se volvieron contra mí, tratándome con aspereza y rigor, quitándome los vestidos que tenía de más importancia y echándome a la cocina, mostrando gran sentimiento de que no les hubiera dado este gusto».

Durante once años no cesó la persecución. Recluida en un desván a pan y agua, fué tratada con tal exceso de rigor, que rayaba en inhumanidad. Bebió las aguas amargas de la tribulación, siendo Dios sólo el único consuelo de su alma. «¿Quién podrá contar—dice ella—los amores y regalos tan

tiernos con que Su Majestad me visitaba interiormente?»

**ANSIAS DE VIDA RELIGIOSA** Su corazón, libre ya,  
volaba al claustro.

Sin embargo, aunque pretendió en algunos monasterios de la Corte, encontró cerradas las puertas. Y... trazó su plan. Todo duerme en la casa de Luis Navarro. La joven Mariana, con ánimo de encaminarse a Ocaña para pedir el hábito, sale sigilosamente. Pero, andadas algunas leguas, reflexiona. Va sola... «Y temí—dice—el peligro, considerando que, al fin, era yo mujer y muy flaca.» Y, retrocediendo, regresó a casa de sus padres. Más tarde, cuando sea la hora de Dios, realizará su propósito.

**LA VUELTA AL HOGAR** La tempestad doméstica  
se había serenado. Su padre y su madrastra admiraban su constancia, y,

cautivados por su virtud, le dieron licencia para ir a la iglesia, aunque tasándole el tiempo. Comulgaba los jueves y domingos.

Pero otro género de lucha empezó a atormentar su alma. Ella misma lo describe en su autobiografía: «... Todo el infierno junto parece que se conjuró contra mí afligiéndome con tentaciones cuales yo nunca había experimentado así de sentimientos como de representaciones malas y feas...»

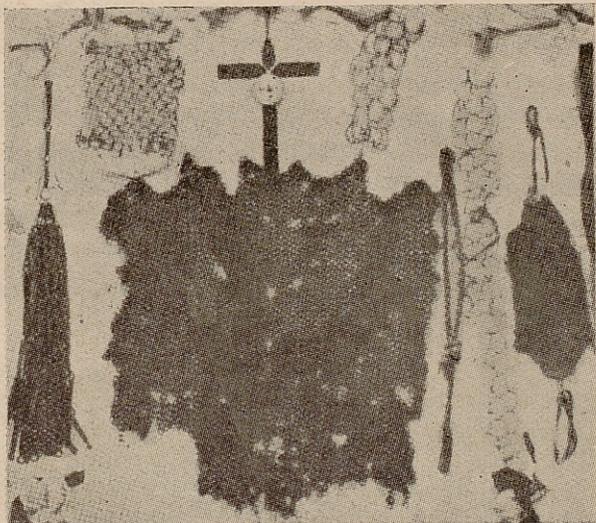
Y Mariana esgrimió sus armas. Cilicios, disciplinas, ayunos, dormir sobre una tabla, estar mucho tiempo en pie o de rodillas, poner piedrecillas en el calzado, sufrir ardorosa sed...

El combate fué sangriento. Las paredes de su alcoba estaban manchadas de sangre tanto, que dice su hermana Francisca, «era preciso lavarlas muchas veces, por el horror que causaban».

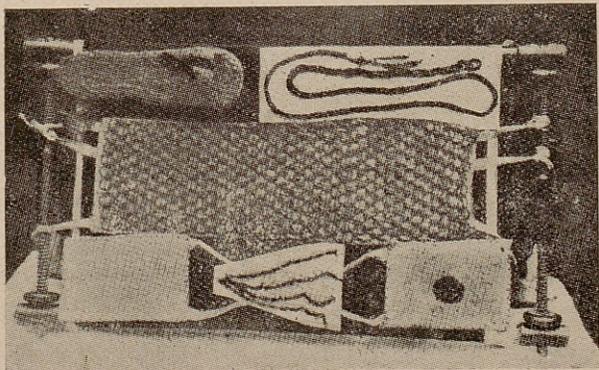
Este espectáculo enternecía a su madrastra, y cuando Mariana estaba ausente se las mostraba a sus hijas, diciendo: «Esto no se hallará en vuestros aposentos.» Y, haciendo con Mariana oficios de madre, se levantaba por la noche para arroparla y obligarla a descansar en el lecho, si la encontraba en el suelo.

**IMITANDO A CRISTO** El ansia de inmolación tiene un fin más grande que el vencimiento propio: es la imitación de Cristo. Y para más imitarle—dice ella—, «traía en el pecho una corona de espinas con tan gran deleite como si trajera un ramillete de flores, y también usaba traer una soga a la garganta en memoria de la que por mí pusieron cuando prendieron a mi Señor Jesucristo».

**EL DIARIO VIVIR** Mariana siguió el ritmo tranquilo de su vida familiar. Diligente en los quehaceres domésticos, imponía en



Instrumentos de penitencia conservados en las Madres  
Mercedarias, de Góngora, Madrid.



Ayuntamiento de Madrid



ellos a sus hermanas, enseñándolas la práctica de la virtud. Juntas hacían labor y juntas guardaban sus ahorrillos. Sus padres les dieron licencia a ella y a otra hermana para que gastaran libremente lo que ganaban con su trabajo.

Los criados participaban también del celo de Mariana, y de tal modo encantaba con su trato y maneras, que todos los que frecuentaban la casa de Luis Navarro deseaban que Mariana les dirigiese la palabra.

**¡QUE PAN MAS LINDO!**      ¡Cuánto ha madrugado hoy Mariana! En la calle le espera su amiga doña Ana del Castillo. Tiene que apresurarse. El convento de San Bernardino está distante, y después de confesar con el Padre Antonio del Espíritu Santo, ha de volver a casa antes del mediodía para amasar el pan... ¡Qué contrariedad! Pasan las horas y no se realiza su deseo. Es tarde. A la hora de la siesta emprenden el regreso. Mariana va con miedo... En casa no había pan. Ya están cerca... Y una mujer de aspecto atrayente, que lleva un cesto de pan muy oloroso, entra con ellas.

La madrastra, intranquila por la larga ausencia, se aproxima a la cesta y dice a Mariana: «Dios te dé salud, hija mía, y qué lindo pan me has traído...» Mariana y doña Ana se miran y callan. La mujer desaparece sin decir nada.

EN BUSCA DE PAZ...      fué Mariana a la iglesia de la Merced. Hacía tiempo que su alma ansiaba volar, pero su espíritu estaba como encadenado. No era comprendida... No se aquietaba con las normas de su confesor, aunque le obedecía en todo.

El Señor le tenía preparado un nuevo consejero: el Padre Juan Bautista del Santísimo Sacramento. Pronto se dió cuenta éste del alma que, arrodillada a sus pies, le daba cuenta de su conciencia. La tomó bajo su dirección, y en esa dirección sabia y certera encontró ella durante veinte años la seguridad que necesitaba.

LA CRUZ DEL AMADO      Mariana está enferma. Ha recibido el Viático. Es el año 1598. Acaba de cumplir treinta y tres años. El Señor, un día se le aparece y le ofrece su cruz. Acepta ella gozosa y extiende sus brazos en la misma cama. De repente—dice—, «sobrevinome sobre las espaldas una grande carga y pesadumbre..., y con esto vine a quedar tullida de pies y manos..., y pensaron que moría...» Pero no fué así, que el Divino Esposo la quería aún más identificada con Él.

Volvió a los quehaceres domésticos, y al año siguiente el Señor la puso de nuevo en la cruz. ¡Cuánto padeció! La espalda, dolorida y abrasada por un fuego misterioso, que «le parecía ser como pena del purgatorio...» La inmovilidad ab-

solata..., y el alma atormentada por incompre-  
siones y desvíos. «¡Señor mío—exclamaba—,  
mira cuán desfavorecida y afligida me hallo...  
Todo lo humano, Señor, me falta, y donde lo hu-  
mano falta, lo divino acude.»

**LA CORONA DE ESPINAS** Sufre Mariana en su le-  
cho de dolor. Su con-  
suelo es contemplar a Jesucristo azotado y coro-  
nado de espinas. Un día que se halla sumida en  
profundo recogimiento ve con los ojos del alma  
que «un joven se acerca al Señor, con reverencia  
le quita la corona de espinas y la coloca en la  
cabeza de ella». La siente fuertemente apretada.  
«Mucho tiempo—dice—padecí aquel dolor en la  
cabeza»...

Ya casi no atendía a nada de esta vida, se  
acentuó de tal manera su unión con Dios, que  
nada le impedía sus ejercicios espirituales. Su  
alma, que gustaba de los deleites del cielo, se  
hastaba de los manjares de la tierra.

**NUESTRA SEÑORA** Los médicos de la tierra no  
**DE LOS REMEDIOS** encuentran remedio para su  
mal. ¡Desahuciada! ¿Otra vez  
la Extremaunción?...

Mariana se duerme con la plegaria en los la-  
bios. Reposo tranquila en los brazos del Señor y  
su Santísima Madre, que velan su sueño.

Despertó a la madrugada para seguir su ora-

ción, y... ¿qué vió?... ¡...! La Virgen de los Remedios—desde su capilla de la Merced—parecía sonreírla, y ella, presurosa, saltaba de la cama y se dirigía al convento. ¿Ilusión?... No; que sus manos y sus pies estaban ágiles; que su cuerpo no estaba inmóvil. Y se vistió; corriendo subió la escalera para dar la noticia a sus padres y hermanos. ¡Qué alegría la de todos! ¿Qué es esto?... ¿Anoche cerca de morir y ahora en pie? Sonríe y contesta: «¿Qué ha de ser? Que se me ha aparecido la Pequeñina (la Virgen de los Remedios era pequeña) y me ha puesto tan buena, que de todo punto me hallo sana.»

**EL ABRAZO** En la capilla de los Remedios está Mariana agradeciendo a la Virgen su favor.

Un música celestial llega a sus oídos, y Jesús, su Divino Esposo, la abraza fuertemente hiriéndola el corazón con un clavo de tres puntas muy agudas.

Ya está configurada con Jesucristo, ya puede decir con San Pablo: «No vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí.»

**EN VALLADOLID** Arde en fiestas la ciudad del Pisuerga. Felipe III, en 1601, ha decidido trasladar allí la Corte, y el pueblo se apresura a festejar a su soberano.

El 9 de febrero es la entrada solemne. Entre



**Beata Mariana de Jesús.**

*(Cuadro de V. Carducio, 1625.)*

Ayuntamiento de Madrid



el séquito del monarca se encuentra Mariana. El oficio de su padre la obliga a seguir al rey.

Vive entre los suyos la joven, pero su alma va en pos de otro Rey que la ha embriagado el corazón en amores divinos.

«Parece que no es de este mundo—decía su madrastra—; siempre está elevada al cielo.» Y las hermanas comentaban: «Dondequiera que la coge la oración, allí se queda; pasemos o no pasemos, haya ruido o no lo haya, nada la inquieta.»

Oculto en el silencio de su casa, se esparce fuera el perfume de su vida. La nobleza castellana ansía hablar con la hija del «pelletero».

La duquesa de Frías, la de Medina de Rioseco, la de Alburquerque quieren su amistad.

La humilde Mariana rehuye; es preciso el mandato del confesor para que acceda. Y su magisterio espiritual, ceñido hasta entonces al hogar paterno, traspasa en Valladolid los umbrales de éste.

Dios, a quien ella se entregó, la concedió el don de llevar hacia él los corazones.

#### OTRA VEZ EN MADRID

A principios de 1606 volvió la Corte a Madrid, y con ella Luis Navarro y su familia.

Algunas de sus hijas ya se han casado. Los niños ponen una nota de alegría en el hogar, pero Mariana siente más que nunca ansias de soledad. Y tal vez por eso, o por no ser gravosa a

los suyos decidió, con el beneplácito de su padre, vivir sola.

¡Una casita aparte en un lugar recogido!... Dios se la buscó providencialmente.

**LA ERMITA DE SANTA BARBARA** En Madrid encontró nuestra Beata a su confesor fray Juan Bautista, de la Orden de la Merced. Era Comendador de Santa Cecilia de Ribas.

Trataba con el Padre Tomás de San Miguel de fundar un convento recoleto de la Merced, y adquirieron para realizarlo la ermita de Santa Bárbara, a las afueras de Madrid.

En frente de la ermita había un jardín y en él un aposentillo humilde, que—según dice Jerónimo de la Quintana en su *Historia de Madrid*—«era la casa-huerto del secretario de Portugal».

Lejos del bullicio de la Corte, oreado por los aires del Guadarrama, era el lugar a propósito para llevar la mente a Dios. Este había de ser el escenario de su vida.

Absorta ante el Santísimo Sacramento, aquel 4 de diciembre de 1606, día de la inauguración de la pequeña ermita, Mariana recordó... Era el año 1583... Con la ilusión de sus diecinueve años y el ansia de Dios prendida en el alma, deseaba descifrar la incógnita de su porvenir. De pronto se vió cercada de una luz vivísima... La Virgen Santísima, con hábito de la Merced, pre-

sidia una lucida procesión de religiosos mercedarios que se encaminaban a un convento... «Con éstos has de vivir si me quieres agradar...» No comprendió entonces; pero ahora, después de veinte años, empieza a realizarse la profecía.

**CATALINA DE CRISTO** La casa era linda, pero chiquita y modesta. Las paredes, de adobes. Una sola planta, dividida en dos departamentos por una esterilla. Una mesa, una pobre vajilla, dos tarimas para dormir, algunos libros devotos y, presidiéndolo todo, un Ecce Homo.

Mariana no estaba sola; en calidad de sirvienta y compañera fiel, vivía con ella Catalina de Cristo. Era catorce años más joven que su ama, y su perfecta antítesis. Menudita, de modales aristocráticos, sufrida, cariñosa y tímida, aquélla; corpulenta, impaciente, colérica y áspera, ésta. ¡Cuánto sufrió con ella!... Piadosa, de bellas cualidades, entusiasta de Mariana y testigo de sus virtudes, fueron las estridencias de su carácter causa de muchos sinsabores.

¡Qué difícil es esa convivencia!... ¿Tendré que soportarla siempre?... pregunta al Señor. «Sí, que no vino ella sino para labrarte a ti» ¡Y qué bien la labró! A veces llegó a golpearla. Los que la visitaban eran testigos de la paciencia de la sirva de Dios y del humor de su criada. Sabían que si ésta no quería, nadie entraba en la casa.

Y, sin embargo, Catalina quería a Mariana. La sirvió diecinueve años desinteresadamente, y cuando la veía radiante de luz, la abrazaba en el colmo de la admiración

«YO SOY, CATALINA, ABREME» Y Catalina no abría. El aire frío amorataba las manos de Mariana. ¡Qué larga era la espera en aquel atardecer helado! Pero la puerta seguía cerrada... ¡Se le había hecho tan corto el tiempo ante el Sagrario!...

.....

Doña Catalina Antonia Pasalagua, que estaba con ella, atestigua la serenidad de la sierva de Dios, que repetía sin inmutarse: «Catalina, abre-me, ¿qué te he hecho?» Cede en su terquedad la sirvienta, y Mariana le repite dulcemente: «¿Qué te he hecho yo?»

EN MEDIO DE LA CALLE Cuatro años había vivido la Madre Mariana en la casita del jardín, cuando una tarde llamaron a su puerta. Era una señora de porte distinguido, que había comprado los terrenos para finca de recreo. Indignada, arrojó violentamente a la sierva de Dios y mandó poner en la calle sus escasos muebles. ¡Cuánto gritó Catalina al ver que trataban así a su ama! La gente que presenciaba el suceso formó corro a su alrededor. Pronto llegó don Juan Moncada, caballero prin-

cipal, y quiso vengar el agravio que a Mariana se hacía. Pero ella sin perder la paz le contuvo, diciendo: «Que la señora había hecho muy bien; que siendo de ella la casa, a ella pertenecía disponer quién había de estar; que en lo que había hablado no la había hecho ofensa alguna; que el haberla tratado así, era porque conocía lo que ella era, y los que no la conocían eran los que la trataban de otra manera.»

Y don Juan y Catalina se aquietaron.

**EL PORTAL** Estaba al lado de la ermita. En éste guardaban las herramientas de los obreros que trabajaban en el convento. El Comendador y confesor de Mariana, fray Juan del Santísimo Sacramento, se lo dió a ésta para vivienda. Los que la querían le daban limosnas para levantar una casita. Su padre había muerto; ella había renunciado a su legítima en favor de sus hermanos; pero Dios fué su ayudador, y la casita quedó terminada. Era tan destartalada esta mansión, que el frío penetraba por los tabiques mal unidos, y el Padre Comendador la obligó a aceptar unas esteras viejas y alguna ropa más de abrigo.

**EL JARDIN** En él cultivaba las flores que habían de adornar el altar de su Dios. ¡Cuán-to se recreaba en su jardincito!... ¡Con qué esmero le cuidaba!

Y había flores hasta en los días de hielo.

—Oye, niña—dijo Catalina a Isabel Delgado, que dormía aquella noche con la Beata—, ¿qué hace mi ama a estas horas y con este frío en el jardín?

—Buscar flores.

—¿Flores en este tiempo?

—Mira—responde Mariana, entrando—; mira lo que me ha dado mi Señor para que le ponga...

Y depositaba una brazada de rosas... ¿Rosas? ¿Dónde las había encontrado, si los rosales dormían bajo una capa de nieve? ¡Qué importa! Ella se acercaba con cariño y decía: «¿Cómo sois tan negligentes y desidiosas?»

Y las plantas del jardín florecían.

¡El jardincillo! Mirando al cielo se disipaban sus tristezas. Sentadas en el poyo, solía tener sus coloquios espirituales con los visitantes. Allí, lo mismo que su paisano San Isidro, daba de comer a los pajarillos en tiempo de nieve, y decía con gracia a su amiga doña Elvira de Villalobos: «Toma, amiga, toma eso y échalo a los hermanos pajaritos, para que alaben a Dios, que nos lo ha dado.»

En el jardín había una cruz. Allí oraba Mariana con sus brazos abiertos sobre ella, iluminando el rostro con extraordinaria luz.

**SU DIA** Cuando todo dormía, sonaba la campana de los religiosos llamando a Maitines. Mariana se levantaba y permanecía en ora-

ción durante el rezo. Descansaba un poco, y a las dos tornaba a orar hasta la hora de ir a la iglesia. Mucho madrugaba a veces, y, arrodillada a la puerta, esperaba a que la abrieran. Saludaba al Santísimo con tres genuflexiones. Hacía una hora de meditación con la Comunidad. Oía las Misas, comulgaba y no abandonaba el templo en toda la mañana. A la hora de Vísperas volvía de nuevo, y después de la meditación de la tarde, regresaba a su aposento, empleándose en diferentes ejercicios hasta las once. En su cama de corcho, y reposando su cabeza en un madero, descansaba hasta las doce, que empezaba otra vez «su día» ¡Y qué día el suyo tan de Dios!

El comer no la quitaba tiempo. Su ayuno era casi continuo, muchas veces a pan y agua. Dice Catalina de Cristo que no comía sino al mediodía y a la noche, y eso en tan corta cantidad, que parecía imposible pudiera sostenerse. Entre día no tomaba nada, y ni aun en los días más calurosos del verano bebía una sola gota de agua, aunque estuviese abrasada por la sed.

#### EL HABITO DE LA MERCED

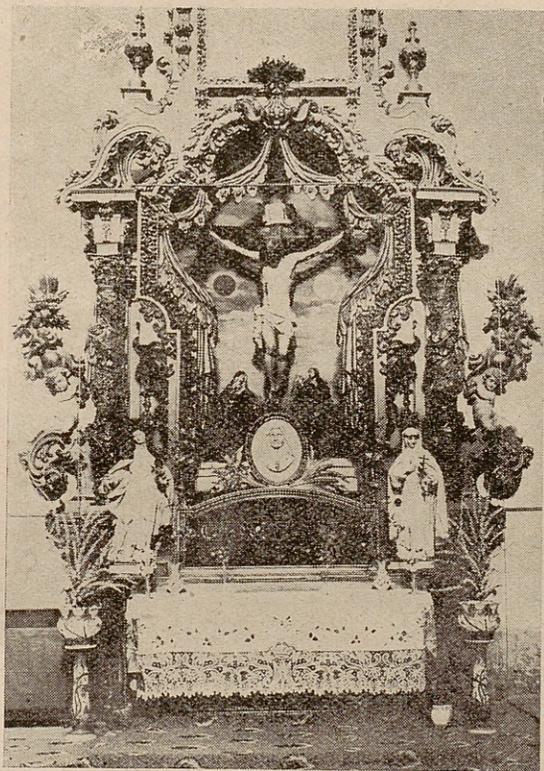
Este género de vida, su fama de santidad y la gratitud que hacia ella sentían los religiosos de la Merced, movieron al Padre Provincial de Castilla a concederle el honor de vestir el blanco hábito mercedario.

Pero... ella no se determinaba. Sentía gran

repugnancia a vestir hábito religioso permaneciendo en el siglo. «No es menester—decía—que las mujeres lleven hábito por las calles, pero sí que en el corazón lo lleven.» Resuelta a guardar castidad, hacia mucho que había renunciado a las galas y vanidades mujeriles, y usaba un sencillo traje negro. Hasta que un día... Era la Dominica Infraoctava de la Epifanía. Se leía en la Misa el Evangelio del Niño Perdido. En la iglesia de Santa Bárbara, Mariana, absorta en Dios, está en profunda oración. La Santísima Virgen habla a su alma y la ordena tomar el hábito de la Merced. Ya no titubea. Resuelta, escribe al Maestro General, fray Felipe Guimerán, le da cuenta de su decisión y espera sus órdenes.

**CUATRO DE ABRIL DE 1613** Es Jueves Santo. Antes de los Divinos Oficios, en presencia de la Comunidad de Santa Bárbara, el Padre Maestro General entrega la blanca librea mercedaria a la extática Mariana arrodillada a sus pies. ¡Día grande para la Orden Mercedaria! En la constelación de sus Santos ha aparecido una estrella de nuevo resplandor.

**«YO, MARIANA DE JESUS...»** Ha pasado un año desde aquel Jueves Santo. Mariana ha dado pruebas más que suficientes de ser digna del hábito de la Merced.



Altar destruido por los revolucionarios en 1936. En él estuvo el sepulcro de la Beata desde 1838 hasta 1931.—Iglesia de MM. Mercedarias de Alarcón.



Pascua del Espíritu Santo, martes 20 de mayo de 1614. Expuesto el Santísimo Sacramento, empieza la Misa mayor. Mariana, con una corona de flores en la cabeza, una palma y una vela encendida en las manos, con el rostro brillante como un ascua, está en profundo recogimiento. El Padre Tomás de San Miguel, que estuvo presente, dice que «se puso tan bella que parecía más joven».

En el ofertorio de la Misa cesa el órgano y se oye una voz dulce, de cadencias celestiales, que profiere la fórmula de su entrega: «Yo, la Hermana Mariana de Jesús, hago profesión y prometo obediencia, pobreza y castidad a Dios Nuestro Señor y a la Bienaventurada Virgen María. Nuestra Señora, y a vuestra paternidad reverendísima, el Padre Maestro fray Felipe Guimerán, General de todo el Orden de la Merced...»

¡¡Mariana de Jesús!!..., ¡de Jesús! Su vida siempre ha sido para ÉL, y ahora que públicamente ha ratificado su donación, ¿qué le importa todo el mundo? Su blanco hábito es su salvaguardia, y ya no volvió a salir de su casita más que para ir a la iglesia.

¡Qué penoso había sido para ella visitar a personas que la requerían! Es verdad que lo había hecho por obediencia; pero ahora, el ansia de separarse de todo es una realidad. Hasta su muerte—salvo raras excepciones—no se apartó de este género de vida.

LA BEATA DE SANTA BARBARA Así era conocida.

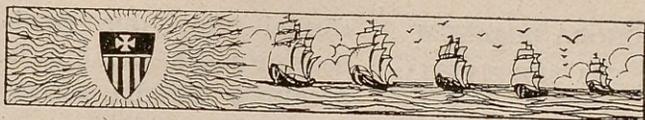
Su fama de santidad ha ido creciendo; los sucesos maravillosos que se le atribuyén se han multiplicadó. Madrid se vuelca en la celdilla de Santa Bárbara para exponer sus penas, sus dudas, sus inquietudes a la humilde Mariana de Jesús. ¡Cuántos prodigios en esta época!

En su vida se ha introducido una novedad. Los Padres Mercedarios han concluído su magnífica iglesia de Santa Bárbara, y, abierta al culto, han trasladado allí al Santísimo Sacramento, que estaba en la ermita.

Doña Elvira Manrique de Lara, íntima amiga de Mariana y patrona del convento, mandó hacer para sí unas habitaciones con tribunas a la iglesia. Estaban completamente aisladas del convento y sin comunicación interior. Para ir a la iglesia había que salir a la calle, pero desde las tribunas se podía oír Misa y asistir a los Divinos Oficios. Doña Elvira cedió esta casa a su amiga. Mariana vivió allí hasta su muerte, casi continuamente en la tribuna, haciendo la corte a Jesús Sacramentado.

Era cual lámpara viviente, cuyos resplandores iluminaban a «su Madrid», a ese Madrid que tanto amaba ella.





## II

### ASPIRANDO EL AROMA DE SUS VIRTUDES

**FE** «Sea bendita y alabada la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres Personas y un solo Dios verdadero, en el cual creo y a Él adoro, y protexto vivir y morir en su santa fe católica, apostólica, romana, y deseo derramar mi sangre por el honor del Evangelio.» Esta era su disposición habitual: ¡dar su vida por el Evangelio!...

Su cuerpo débil no sufría los ímpetus de su corazón. Abstraída de toda conversación en las grandes solemnidades de la Iglesia, vivía en la contemplación de los divinos misterios, y en sus raptos maravillosos todo su ser parecía abrasado en llamas o pira hermosa de incendios del Espíritu divino.

«HONORA DOMINUM  
DE TUA SUBSTANTIA»

«Angel mío, ¿que significan estas palabras?», preguntó un día a fray Agustín de Jesús María.

—Que honremos a Nuestro Señor con nuestra hacienda y bienes—dijo él.

—No, Angel mío, no solamente eso, sino que honremos a Dios con toda nuestra alma, todas nuestras potencias, todo nuestro corazón y todo nuestro ser, que todo eso es nuestra sustancia.

«TENGO YO UN  
BELLISIMO MAESTRO»

Así decía Mariana de Jesús a doña Isabel de Acuña, que, admirada de verla leer latín, la preguntó: «¿Quién os ha enseñado a volver el latín en el vulgar castellano?...»

Y su «bellísimo Maestro» le había enseñado tan bien, que sin estudiar nada lo hablaba a la perfección con los más grandes letrados de su época.

De su fe vivísima nacía el ardiente deseo de que todos se instruyesen. Compraba catecismos y los repartía.

A una joven distinguida que la pedía un libro como recuerdo, la contestó: «Bien está, señora, haré lo que me mandáis.» Compró un catecismo, lo mandó encuadernar lujosamente y se lo envió con este recado: «Que aquél era el libro que había de leer y el que le importaba más.»

**ESPERANZA** La noche oscura invadía su espíritu. Sumergida en ella, torturada su alma por los escrúpulos, su confianza en Dios no sufrió mengua. Aferróse al dictamen de su confesor, y decía en medio de las angustias de su conciencia: «A mí me lo han mandado, no me meto en más; no me fío de mi parecer.»

Sólo Dios, desprendida de todo, nada pedía a las personas ricas que la visitaban. «Quiere Dios que sepamos de todo», decía sonriéndose, cuando la instaban a que manifestase sus necesidades.

«Cuando un mayordomo se va, Dios envía otro», contestaba a Melchora de los Reyes afi-gida porque se había ausentado de Madrid una de las personas que la socorrian. Y nunca la faltó Dios.

**AMOR DE DIOS** La llama del amor divino la consumía. Durante su oración, cruzaba las manos y juntaba los dedos con tal vehemencia, que dice el Padre Presentación: «Que había hecho impresión y señal como si fuesen encajes dispuestos con artificio.»

Siempre estaba en presencia de Dios. Cuando enajenada gozaba de Él, brillaban sus ojos y su cara con un brillo tan superior a todos los de la tierra, que se conocía ser celestial. Frecuentemente sufría raptos admirables y parecía elevarse del suelo.

«¿Qué decíamos, Angel? Mirad qué boba soy

que no se me acuerda.» Esto repetía con gracia cuando, embriagada en los goces del cielo, perdía el hilo de las conversaciones de la tierra. Es que Mariana vivía sólo para Dios. Ella misma escribe en su autobiografía: «Era mi alma unida a Nuestro Señor con tan grande deleite y regalo interior, que no hay palabras que lo puedan significar.»

**EL SANTISIMO SACRAMENTO** Alma extraordinariamente eucarística. De rodillas, inmóvil, con la vista fija en la Hostia o en el Sagrario, sus horas se deslizaban dulcemente.

La iglesia está cuajada de flores, gran cantidad de velas lucen en el altar, se sacan los mejores ornamentos. Es jueves, y todo el día se expone el Santísimo Sacramento. Mariana de Jesús ha ideado esta fiesta de Amor. ¡Es la precursora de los Jueves Eucarísticos! Cual enamorada esposa, no quiere separarse de su Dios; no la rinde la fatiga y extática, permanece a su lado.

Sólo al mandato del confesor se retira a su casa a descansar un rato. Y se lamenta: «¡Oh, cuándo habrá una fiesta eucarística que nunca se acabe!»

**NUESTRA SANTISIMA MADRE** Con este dulce título la llaman los Mercedarios. Es su Madre y Fundadora. Mariana

de Jesús, privada tan pronto de su madre terrenal, experimentó toda su vida la amante protección de María. Siendo todavía muy niña, la recreaba con sus apariciones. Correspondía ella a los regalos de la Santísima Virgen rezando diariamente el Santo Rosario. Siempre que en la conversación nombraba a María, inclinaba reverentemente la cabeza, diciendo: «Mi Señora, la Madre de Dios.»







### III

## ASI ERA ELLA

«POR CONVERTIR UN ALMA daría yo mil vidas si las tuviera.» Su celo se extendía a todo el mundo; nada temía, todo lo arrostraba. ¡Llevar las almas a Cristo! Buscaba a los que estaban en pecado, amonestaba a los que vivían en vicios, ayudaba a las jóvenes que peligrosaban en el mundo. El poder de su palabra era tal, que aun los más duros corazones se sentían subyugados por el eco de su voz.

«NO TE CANSES, HIJA, que no has de cobrar la salud hasta que hagas lo que te he dicho, confesando tus pecados.» Eso le había dicho la Beata de Santa Bárbara. ¡Pobre joven! Vivía en pecado y había quedado ciega de

repente. ¡¡Confesarse!!... ¡Qué mandato tan difícil! Pero..., ¿no ver más la luz del sol?... Se decidió: arrojó su vida rota a los pies del confesor. y no recobró la vista. ¿Por qué?... «Persevera, hija, que Dios obrará en ti.» Y... vió. Vió el sol..., las flores... Se saturó de felicidad. Mas..., ¡las amistades antiguas!... La nostalgia de aquellos placeres... Las ocasiones... Y... perdió otra vez la vista. Mariana la recibió con dulzura. «Tú debes volver a pecar.» «¿Pecar? ¡No!» «¿Querrás volver a ponerte en la ocasión?» ¡...! Se rindió completamente y reparó con su conducta ejemplar los escándalos anteriores.

**SE CRUZA CON ELLA** Mariana sale de la iglesia con su criada Catalina. Un hombre de mirada torva va por la calle. Parece huir de la gente. La Beata se acerca, le habla en secreto, y... sin que él pueda evitarlo, le quita un cordel que llevaba oculto. «Anda—dice a Catalina—, al instante echa a que se abra ese cordel en la lumbre.» Y luego, vuelta al desesperado, entra con él en la iglesia, reza en su compañía, le lleva a confesar y le devuelve la paz perdida.

**«DIOS HABLABA POR BOCA DE MARIANA».** decían los que la consultaban. Y eran muchos: nobles y plebeyos, pobres y ricos. Asuntos de todas clases eran sometidos a su juicio, y era tal la confianza que tenían en ella, que

los que no podían entrar a verla «se volvían a su casa llorando».

Era graciosa en su conversación, encantaba a cuantos la escuchaban. Si alguien intentaba murmurar, imponía silencio: «Angel mío, nada me digas, que es traición herir a espalda vuelta a quien no puede defenderse, porque no oye ni ve a quien le mata.»

**LOS SECRETOS DEL CORAZON** Los penetraba y leía de tal manera, que afirmaba el Padre Baltasar de San Francisco, Mercedario: «Que siempre que iba a hablar con ella procuraba antes de entrar examinar bien su conciencia...»

Doña Alfonso de la Paz no podía conciliar el sueño. Un dolor agudo la atormentaba. ¡Ay, si tuviese aquí mi amiga Mariana!... Y se quedó dormida...

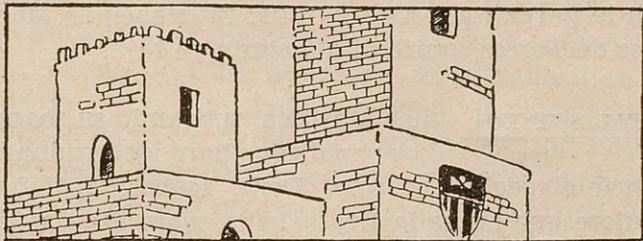
«Amiga, ¿qué tenías la otra noche que me llamabas?» Doña Alfonso se admira: «¿Quién se lo dijo, Madre?». Mariana de Jesús sonríe.

**¿COMO LO SUPO?** Hacia mucho frío. Del vecino pueblo de Fuencarral se encaminaban presurosas dos jovencitas: Luisa Henríquez y Antonia Rascón. Frisaban ambas amigas en los doce o trece años, y aunque casi niñas tenían sus secretillos. Cosillas de amor que las preocupaba, y... Luisa quería abrir su corazón en flor en

el pecho de Mariana. Una confidencia íntima... La sierva de Dios escuchó con agrado a la niña, pero tuvo que marcharse, y la respuesta quedó flotando en el aire. Las niñas, al encontrarse solas, curiosearon: «¿Qué te parece, amiga—dijo Luisa—la comodidad con que vive esta sierva de Dios?» «¡Qué celda tan aseadita tiene! Esterada, con no poca ropa...» Pasó un rato... Cansadas de la tardanza de Mariana, se dispusieron a salir..., cuando: «Angel mío—dijo la Beata, entrando, dirigiéndose a Luisa—, yo tengo tan compuesta esta celdita, porque soy tan miserable que si no es con este reparo no tengo salud, y mi Padre confesor me ha mandado que esté de este modo.» Rompió la niña a llorar. Entre lágrimas pidió perdón de su falta, y el abrazo de Mariana inundó su alma de paz, con la certeza de haber hablado a una Santa.

**«HIJO TENDRA»** «¡Un hijo que alegre mi casa! —decía la condesa—Un hijo que yo acaricie entre mis brazos de madre. Y... haré un nicho para tu imagen, Señora.» Y el nicho no se hacía. La condesa se consume en su tristeza y espera...

Mariana de Jesús dice al sacristán: «Padre, dígame a la condesa que haga el nicho que tiene ofrecido..., que hijo tendrá.» Y así fué.



#### IV

### LA TAUMATURGA MADRILEÑA

LA NIÑA SE DURMIO No puede respirar en su camita, la difteria atenaza su garganta. La madre llora desconsolada. ¿Querrá la Madre Mariana visitar a su hija?... Y el padre corre a Santa Bárbara. ¿Cómo va a negarse a las súplicas de unos padres afligidos? ¡Ella, que se da a todos! «Angel mío, ¿no dormirá un poquito?» ¡Dormir! ¡Hace muchos días que no lo hace! Pero... la niña duerme. Sin despertarla, se acerca Mariana a su lecho, pone la mano sobre su frente, hace la señal de la cruz en la garganta y se va.

Pasan unos instantes de angustia. Todos se admiran del plácido sueño y temen. De repente... «Quiero gallina y bizcocho»—dice la niña, sentada en la cama. ¿Delira?... Pero no, ha comido con apetito, ha tragado con facilidad, no tiene nada

en la garganta... Está curada. El licenciado Marcos de Torres sonríe al abrazar a su hija.

«TAL SOY YO», dice Mariana, retirando su mano. Los médicos han determinado abrir el pecho enfermo. Doña Isabel Santiáñez quiere que antes la Beata haga sobre él la señal de la cruz. ¡Ay qué dolor tan vivo siente la enferma a su contacto! La sierva de Dios la separa, diciendo: «Tal soy yo.» Vuelve a su casa desilusionada, esperando la dolorosa operación... ¿Qué ha pasado? El cirujano está atónito. Él nada tiene que hacer. El pecho está completamente curado.

«¿HAS COMIDO, NIÑA?» Mariana tiene hoy una convidada: es la niña Isabel Delgado. Catalina ha retirado el puchero de la lumbre. Van a comer. Pero ya están los mendigos a la puerta. Y empieza el reparto. Catalina protesta: «¿Qué nos quedará?» «Calla, boba, que Dios proveerá para todos.» Y así era, en efecto: con los restos comían todos y aun sobraba.

La sierva de Dios sonrío y pregunta a la niña:

—¿Has comido?

—Sí, Madre, muy bien.

«¿QUIÉN ERA EL PAJE?» María Aguado lloraba amargamente; ¡cuán feliz vivía en otro tiempo!, y ahora... El marido, enfermo; los hijos, también, y ella no había po-

dido darles nada de alimento. ¡Era tan grande su necesidad! Mariana de Jesús la escuchó conmovida: «Alma de Dios, anda, que Él te remediará.» Por la noche, un pajecito llama a la puerta: «Vengo de parte de Madre Mariana.» Y sin decir nada más, entrega un paquete con dulces y dinero. Durante tres días se repitió la escena. ¿Quién será el pajecito? Se asoman las niñas para verle marchar, pero no lo consiguen... Desaparece en seguida. ¿Qué no conseguirá del cielo la caritativa virgen?

«TOMA ESTE DINERO» Han embargado sus bienes a doña Catalina Cordeiro. Afligida en extremo y pensando en el angustioso porvenir, se dirige a Santa Bárbara para oír Misa. Mariana nada sabe, pero la espera, se acerca a ella y la dice: «Amiga, no estés afligida; toma este dinero, que es lo que te basta para hoy, que mañana Dios proveerá.» Y así sucedió: mejoraron sus asuntos y nunca le faltó lo necesario.

LLOVIO..., PERO NO SE MOJARON Marcos es el cuñado de Mariana. Es marido de su hermana Juliana. Habían perdido parte de sus bienes y vivían en suma estrechez.

En Madrid la sequía era grande. La sierva de Dios fué a ver a su hermana, enferma, y hablaron



del tiempo. ¡Hacia tanta falta el agua para los campos!

—¡Ay, hermana! No pidáis a Dios que llueva hasta que yo pueda salir de este cuarto.

—¿Por qué no hasta entonces?

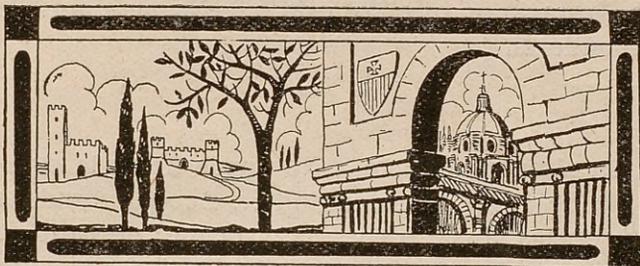
—Porque hay muchas goteras, y cuando llueve nos mojamos como si estuviéramos en la calle.

—Y qué, ¿no puede Dios hacer que llueva sin que tú te mojes?

Y... llovió en abundancia. Estaban todos durmiendo y no se mojaron.

Marcos Gil dijo a su mujer: «Mira cómo se verifica lo que dijo tu hermana; sea Dios bendito y demosle gracias.»





V

## LA HABLAS DEL ESPOSO

ESPIGANDO... En su autobiografía: «¡Cuántos años hice trabajar a este Señor si en Él cupiera trabajo!... Continua y ordinariamente era mi Maestro..., dándose a conocer a mi alma.»

La calle está sucia..., pero el camino es corto y solitario...; ¡pero se llega tan pronto a la iglesia!... ¡Qué limpia se encuentra aquel día! Mariana ve al Señor con los ojos del alma y oye que le dice: *«Para ti se ha limpiado.»*

\* \* \*

Acaba de comulgar. Le parece que su alma está manchada, y en éxtasis de amor dice a Jesús: «Señor mío, mucho más limpio y hermosísimo es

ese Sagrario en que Vos estáis.» «*No me ama*», le responde ÉL.

\* \* \*

Su alma está triste... No puede dejar la compañía de Jesús sacramentado... Acostumbrada a sus regalos, ansía algo más, y tardan en salir de la iglesia. «Ea, Señor mío y Rey mío; que para mí no hay puerta cerrada.» Respondió el Señor: «*En cuanto me la tuvieres abierta.*»

\* \* \*

La iglesia está sola... Mariana se dirige al altar del Santísimo Sacramento y dice al Señor: «¿Cómo estás solo, Señor mío?... «*Te estoy aguardando*»..., oye en su interior.

\* \* \*

La sierva de Dios no se encuentra bien. Aquel día tarda en levantarse. El Señor la dice: «¿*No me das el alba?*» «Sí, Señor mío; a mí place de muy buena gana.» Y al instante se puso en oración.

\* \* \*

Una señora profundamente afligida y torturada de escrúpulos acude a la Beata para que

pida a Dios por ella. Y el Señor la contesta: «*Dile que la trato como cosa mía.*»

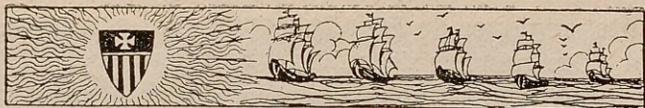
\* \* \*

Mariana de Jesús no desayunaba nunca... Un día estaba tan desfallecida que comió una fruta. «Gracias, Señor, ¡qué a tiempo me la has enviado y qué rica está!... Y muy bajito Jesús la dijo: «*Que daba por bien empleado haberla criado para que la comiera ella.*»

¡Bendita sea la bondad y grandeza de este Señor! ¡Y que se pierdan los hombres por no gustar la dulzura de este Divino Amor!







## VI

### EN TORNO A ELLA

Cuanto más se escondía, más la buscaban todos. ¿Qué encanto emanaba de su persona que producía tan celestial atracción?...

... **ET EXALTAVIT HUMILES** La reina Isabel de Borbón fué varias veces a consultarla, y cuando no la encontraba dejaba recado para que fuera a Palacio, cosa a la que nunca quiso acceder la sierva de Dios.

Los duques de Alba la eligieron para madrina de su primogénito don Antonio Alvarez de Toledo.

La duquesa del Infantado, la marquesa de Ladrada, la marquesa de Villahermosa, la condesa de Castellar, la condesa de Nieva y otros muchos, tanto en Madrid como en Valladolid, acudieron a ella en sus momentos de angustia.

La fama de su virtud, extendida a las más dis-

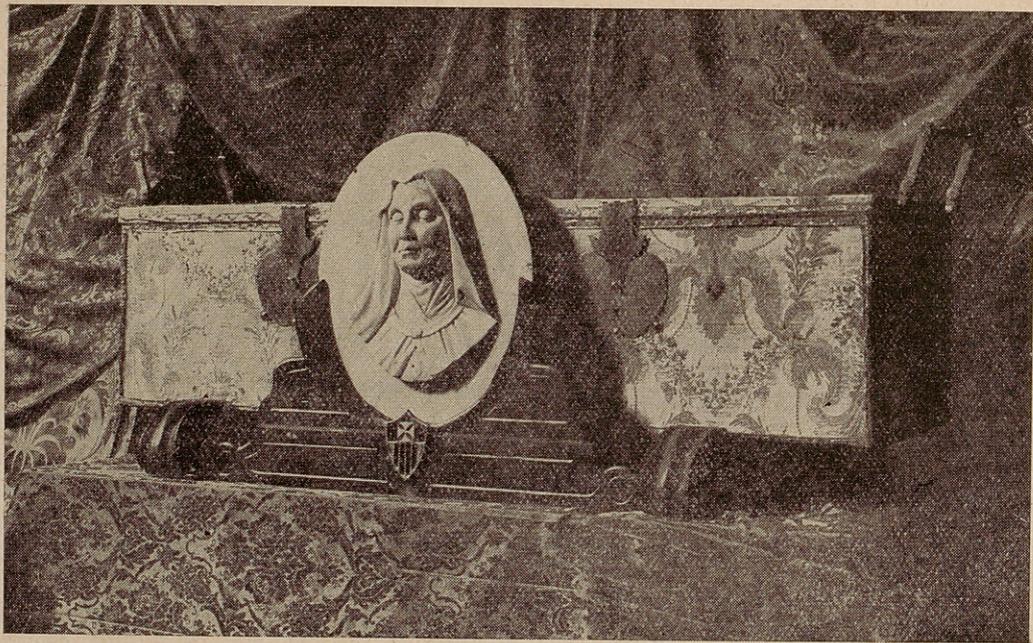
tantes regiones de España, congregó a su alrededor gran número de almas, sobre las que ejercía su influencia, influencia que era debida a su gran virtud y a los dones sobrenaturales con que el Señor la enriqueció.

Entre los que la trataron merecen especial atención el cardenal Trejo Paniagua, Presidente de Castilla, y doña Elvira Manrique de Lara.

El primero fué grande admirador de sus insignes virtudes, la sirvió muchas veces de capellán, celebrando en su habitación la santa Misa y llevándola la sagrada Comunión cuando estaba en la ermita de Santa Bárbara, y no la dejaban salir a la iglesia por sus muchas enfermedades.

Al volver de Roma, donde estaba cuando la Beata murió, dijo: «Yo la he ido a visitar en su sepulcro como cuerpo de persona santa, y aunque por mi dignidad y por no estar declarada por la Santa Sede apostólica por santa, me he abstenido con cuidado de hacerla reverencia, pero interiormente la he hecho y hago..., y confío que sus oraciones me han de ayudar en todo.»

Doña Elvira fué su amiga íntima. Pasaba con ella muchos días. Por su consejo patrocinó el convento de Santa Bárbara. Casó tres veces, y en 1628, viuda, habitó la casa que había mandado hacer con tribunas a la iglesia, la misma donde había vivido los últimos años la Beata Mariana.



Sepulcro de la Beata Mariana de Jesús.—Se conserva en la iglesia de MM. Mercedarias de Alarcón.

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid



## VII

### SE APAGO LA LAMPARA

LA PRIMERA LLAMADA En la iglesia de Santa Bárbara se nota un inusitado movimiento. Algunas personas rodean a una mujer, de aspecto venerable, vestida de blanco y la sacan en brazos del templo. Es Mariana de Jesús. Velando al Santísimo Sacramento este jueves, 11 de abril de 1624, ha sentido un fuerte dolor de costado. La primera llamada del Esposo. Pronto se darán el abrazo eterno.

En un rincón de la tribuna está su cama de corcho, y allí, inflamada de amores celestiales, espera que se rompa el hilo que la retiene para volar al Amado.

La placidez de su semblante, fiel reflejo del sereno cielo de su alma, disimuló por un momento la gravedad del accidente. Pero el lunes, 15, los médicos que rodeaban su lecho, perdieron la esperanza de salvarla.

El Padre Comendador de Santa Bárbara se acercó a la Beata, y la dijo:

—Esto, Madre, me parece que es caminar.

«Así me lo parece a mí—respondió ella—, que estos remedios no hacen más que dilatar la jornada.»

¡Dilatar la jornada!... ¡Cuánto deseaba salir de las prisiones del cuerpo!... ¡Qué júbilo sentía en su alma pensando el bien que la esperaba!

El alma gozaba y el cuerpo sufría. Abrasada por la fiebre, con la respiración fatigosa, efecto de la inflamación pulmonar, recibía sonriente a todos, les hacía la señal de la cruz y les prodigaba sus últimos consejos.

**LA MADRE MARIANA** Esta voz se había esparcido por Madrid, y al convento

**ESTA ENFERMA** de Santa Bárbara acudieron todas las clases sociales, en tan gran número, que fué preciso—dice un testigo—poner guardia a la puerta de la casa para hacer que con orden entraran algunos, que todos no pudieron conseguirlo.

En alta voz la llamaban santa y referían sus virtudes y milagros.

—Madre—la dijo el Padre Comendador, temeroso de que estas aclamaciones de santidad hiciesen mella en el ánimo de Mariana—, mire que el demonio es muy fuerte. ¿Hale venido algún pensamiento de vanagloria con estas públicas demostraciones?

«No—contestó la humildísima Mariana—; por la bondad y misericordia de mi Señor, antes me dan muy gran pena; no saben ellos quién soy yo, que si lo supieran no vinieran; pero yo pido a Nuestro Señor que mire a la fe con que, siendo yo la misma miseria y la misma nada, me vienen a ver.»

«No saben quién soy.» ¡Ya lo creo que lo sabían! Por eso al despedirse, cogían todo lo que estaba a su mano para llevarlo como reliquia.

Desaparecieron el hábito, el vélo, el plato en que comía, el vaso que tenía para el agua...

Y SE DURMIO EN EL SEÑOR Ya ha recibido Mariana de Jesús los últimos Sacramentos... Ya ha sido ungida con el óleo santo... Tiene los ojos levantados al cielo, su rostro virginal despide clarísimos resplandores que bañan de luz el humilde aposento.

Pasan las horas... Cerca de las ocho de la noche parece sumergirse en dulce sueño. Ya llega el Esposo...

Los religiosos que rodean su lecho cantan el Credo. Abre por última vez sus ojos moribundos y, mirando fijamente un cuadro que representa a Jesús llagado ofreciendo al Padre los sufrimientos de su Pasión, expira con el nombre de Jesús y María en los labios y el crucifijo entre las manos...

Son las nueve de la noche del miércoles 17 de abril de 1624. Tenía cincuenta y nueve años.

DESPUES... una tristeza mezclada de gozo pareció invadir a los que presenciaron su muerte. Era ya muy tarde. Madrid estaba envuelto en las sombras de la noche. Nadie transitaba por las calles y sin embargo..., no todos dormían.

En la celdita de Santa Bárbara, envuelto en su blanco hábito mercedario, reposa el cuerpo de Mariana de Jesús cubierto de flores, y a su lado, haciéndole la corte de honor, está la representación de su Madrid. Y ella, la bienhechora de su pueblo, agradece los honores que la tributan.

Las flores de su cama curan aquella misma noche la garganta enferma de una criada de doña Catalina Ocariz, que tuvo que esperar cuatro horas para poderse acercar a los santos despojos.

En Corral de Almaguer está Inés García en oración. Son las doce de la noche, y Mariana de Jesús, cumpliendo una promesa que con ella tenía, viene a anunciarla «que vivía ya en Dios».

María Requejo, a quien la sierva de Dios había sacado del cieno de una vida de pecado, la vió igualmente cerca de su lecho la misma noche. A la mañanita averiguó la verdad del suceso. Afligida de la pérdida y temerosa de no perseverar faltándole tan valiosa ayuda, se puso en oración. Sintió entonces que la tocaban la espalda, y oyó la voz de Mariana que decía: «Hija, no desmayes en lo comenzado ni te aflijas porque yo haya muerto, sino a cualquiera aflicción o necesidad que tengas llámame, que yo pediré a Dios

Nuestro Señor que te ayude. Ve a mi convento de Santa Bárbara y con el Padre que predique el sermón de mis honras confésate, y lo que él te ordenare y advirtiere, eso es lo que has de hacer.»



Mascarilla de la Beata hecha  
por V. Carducci.

**ANTE EL ALTAR** Sobre un tablado en el presbiterio, está el santo cuerpo. La muerte no ha ejercido en él su poder. Flexible, pero no cadavérico, exhala una fragancia especial. Los objetos quedan impregnados de ella por contacto. Parece sonreír. Todos quieren tener

siempre presente ese rostro angelical, y Vicente Carducci sacó de él tres mascarillas.

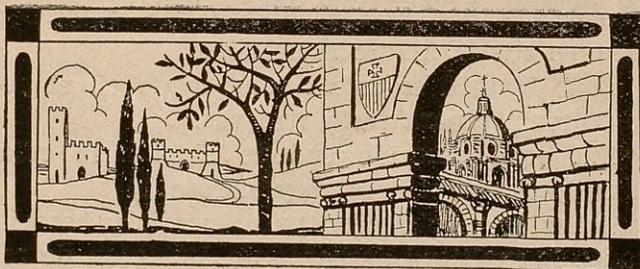
Llueve... las calles están intransitables. No importa. La iglesia está abarrotada, todos quieren llegarse a ella y besar sus manos, sus pies, tocar rosarios, medallas, llevarse flores, trozos del hábito y... algo más, pues, dice Jerónimo de Quintana, presente a todo esto, que una mujer intentó cortarla un dedo del pie.

DESCANSÓ El día 19 fué el señalado para dar sepultura a los sagrados restos. Los sacerdotes están revestidos, la Comunidad formada. Como una tempestad fué creciendo el tumulto. Todos protestan. Se niegan a salir del templo sin ver otra vez el santo cuerpo. Y exigieron que fuese colocado de nuevo sobre el tablado. Van pasando uno a uno, vuelven a mirar a «su tesoro», que va a ocultarse..., y se marchan.

Cerradas las puertas, despedida la multitud, es depositado el féretro debajo del altar mayor.

Y acude la gente días y días... Vienen de lejos, y cuando se dan cuenta que ya está enterrada la santa madrileña, para consolarse, confiesan y comulgan, en número tan crecido, «que parecía la iglesia, según dicen los testigos, otra Semana Santa».

Mariana de Jesús llevaba a su pueblo hacia Dios.



## VIII

# EXALTACION

**HA PASADO UN MES** El cuerpo virginal de Mariana de Jesús descansa en la iglesia de Santa Bárbara. Desde el cielo va derramando copiosamente las flores de sus gracias. Y empieza a incoarse el proceso informativo de su vida y milagros.

Los testigos son muchos. Los reyes de España, Felipe IV e Isabel de Borbón, la honran con sus declaraciones. ¡La habían conocido todos, la habían tratado, habían admirado sus virtudes y recibido sus favores! ¿Cómo no iban a desear verla cuanto antes en los altares?

**LA VUELVEN A VER** El día 31 de agosto de 1627, como última diligencia del proceso, se hizo la inspección del santo cuerpo. A los pocos meses de su muerte había sido trasla-

dado éste a una de las capillas, que empezó a llamarse «de la Madre Mariana».

Todo Madrid se había congregado en el pequeño recinto para verla otra vez.

Y... ¡qué emoción cuando abierta la caja, apareció el cuerpo íntegro y oloroso!

Todos se precipitaron para tocarlo y besarlo, y ante la multitud desbordante, hubieron de retirarlo a la sacristía y poner guardias a la puerta.

Examinado diligentemente por los doctores de la Casa Real, se halló incorrupto, con los intestinos y sesos, la carne flexible, exhalando un olor suave y destilando un líquido oleaginoso, que calificaron de milagroso y sobrenatural.

**EN LA PUERTA DE ALCALA** mandó poner el Ayuntamiento de Madrid la estatua de Mariana de Jesús, al lado izquierdo de Nuestra Señora de la Merced, que ocupaba el nicho central, y haciendo correspondencia con la de San Pedro Nolasco, que estaba al otro lado (esta puerta fué derribada en 1764).

Así honraban los madrileños a su paisana, y no cesaban de enviar súplicas a Roma para acelerar la beatificación.

¡9 de agosto de 1761! Su Santidad el Papa Clemente XIII declaró y decretó que: la Sierva de Dios Mariana de Jesús había practicado las virtudes de fe, esperanza, caridad, prudencia, justicia, fortaleza y templanza en grado heroico.

**LA FELIZ NUEVA** ¡Con qué regocijo recibió Madrid este decreto! El 2 de septiembre de 1761, cuando en el reloj de la Villa daban las doce, un repique general de campanas de las parroquias, conventos y oratorios, anunciaba la feliz nueva.

La alegría se desbordaba por las calles y plazas..., los balcones eran engalanados..., las iluminaciones nocturnas teñían el cielo de resplandores.

Y Mariana de Jesús, desde las alturas, sonreiría a su pueblo y diría al Señor: ¡Bendícele!... ¡Me quiere tanto!...

**CIENTO SIETE AÑOS DESPUES** El 5 de abril de 1731, se reconoció nuevamente el cuerpo de la sierva de Dios.

Igual que la vez pasada, se esparció por el templo el olor característico. ¡El cadáver estaba íntegro! Examinado con más detenimiento, le hicieron tres incisiones en el brazo, en el pecho y en el muslo. La carne estaba fresca; el corazón, como si acabase de expirar; los miembros, flexibles.

**Y ELLA CORRESPONDIO** En 1626, Catalina Tomica sufría de asma hacía veintisiete años. Llegó a agravarse de tal manera, que se esperaba un funesto desenlace. Se acordó de las muchas mercedes que la sierva de

Dios había realizado, y se encomendó a ella, recobrando perfectamente la salud.

Don Ignacio Luque quedó paralizado del brazo derecho y la pierna izquierda. El 2 de septiembre de 1761, cuando Madrid ardía en regocijo por el decreto de las virtudes en grado heroico, se hizo llevar a la iglesia de Santa Bárbara. Confesó, comulgó, pidió que le aplicasen una reliquia de la sierva de Dios. Al salir a la calle notó que movía el brazo y que podía andar perfectamente.

En Roma, se despertó también gran devoción a Mariana de Jesús después de la declaración de sus virtudes.

Catalina Valentini hacía veintisiete meses que estaba atacada de varias enfermedades incurables y como consecuencia de ellas, se le doblaron el pie y el brazo izquierdo en forma de ángulo. Desahuciada de los médicos, acudió a la Venerable durante varios días, y dice que le parecía verla en sueños alrededor de su cama prometiéndola la salud. En efecto, el 13 de mayo de 1762, salió del hospital perfectamente curada.

La noticia de los milagros corrió por Roma, y fueron muchos los enfermos que se encomendaron a ella.

Sor María Clementina, dominica, curó repentinamente de una inflamación de arteria que padecía durante veintidós años.

La joven Francisca Croci tenía un tumor en el

vientre. Había recibido los últimos Sacramentos, y cuando parecía que iba a expirar, exclamó: «Madre Mariana, Madre Mariana, Santa mía!», y quedó sana.

A un loco que llevaba varios meses atado a la cama, por sus ataques, le aplicaron una estampa de la sierva de Dios. Durmió plácidamente y recobró el juicio.

En el convento de Santa Lucía, de Elche (Alicante), voltean las campanas alegremente. Son las siete de la noche del 26 de octubre de 1783. Acaba de llegar un relicario con un trocito de carne de la Beata Mariana de Jesús.

Alarmadas de aquel extraordinario repique, las monjitas de Santa Clara, próximas al convento de la Merced, desean saber la causa. Pronto quieren venerarla, y la reliquia es llevada al monasterio.

Doce años hacía que estaba parálitica del brazo izquierdo Sor María Luisa Miralles, hermana del marqués de Carruz. Trabajosamente llegó al coro, apoyada en sus muletas. Besó la reliquia.

—Madre—le dijo un religioso—, ¿no ha pedido que le alcanzara de Dios la salud?

—Sí, Padre—respondió la parálitica.

—Pues ¿qué hace ahí con las muletas? Arrójelas y váyase a dar las gracias a la Beata Mariana.

Un vigor nuevo sintió la religiosa, soltó las muletas, y con agilidad maravillosa recorrió el

convento comunicando a todos la alegría que la embargaba.

**LOS MILAGROS DE LA BEATIFICACION** El primero fué la incorrupción de su santo cuerpo, comprobada y certificada en las inspecciones anteriores.

El segundo fué la curación repentina de una parálisis con atrofia que padecía el soldado Pedro Fernández.

Sufría éste en su cama del hospital. No tenía en la pierna izquierda más que huesos y piel, de tal manera, que según comprobaron los testigos, cabía la pantorrilla en el hueco formado por los dedos pulgar e índice. Paralizada, insensible a quemaduras y pinchazos y sin derramar una gota de sangre cuando éstos se efectuaban.

El día 1 de junio de 1766, ayudado por las muletas, fué a la iglesia de Santa Bárbara, que estaba próxima. Sentado, oyó la Misa. Mariana de Jesús le esperaba. Sin saber por qué, se le ocurrió ir a la capilla donde estaba el sepulcro y apoyó en él la pierna enferma. De repente, se sintió completamente curado, y se encaminó al cuartel, libre de las muletas, que dejó en la capilla.

Examinada la pierna, se la encontró normal, exactamente igual que la derecha.

En 1780 se le hizo un nuevo reconocimiento, y asistió a la beatificación de su bienhechora en 1783.

**Y EL DIA LLEGO** Aprobados los milagros por Roma, se acercaba el día en que la insigne mercedaria sería elevada a los altares.

Y... llegó. Fué el 18 de enero de 1783. Pío VI concedió el título de Beata a Mariana de Jesús. Su cuerpo y sus reliquias podían exponerse a la veneración pública.

El 25 de mayo de 1783 se celebraron en el Vaticano, con mucha magnificencia, las fiestas de la beatificación. En la fachada había un lienzo con la apoteosis de la Beata. A la entrada, sobre la puerta principal, un cuadro de la aparición de la Virgen a la Beata con este letrero: «La emuladora en la tierra de la vida de los Angeles es honrada con la visita y coloquios de la Reina de los Cielos y del Niño Jesús.»

Sobre las puertas laterales, dos medallones; uno decía: «Recibió la corona que Dios le preparó para siempre», y otro: «Fué celebrada por Dios y los por los hombres.»

El templo estaba adornado con cortinas de damasco, franjeadas de oro. En los cuatro nichos principales, que ocupan santos fundadores de Ordenes religiosas, habían colocado las estatuas de San Pedro Nolasco, San Ramón Nonnato, San Pedro Pascual y San Pedro Armengol.

Un magnífico cuadro, cubierto con un lienzo, representaba en la gloria a la Beata, y a los lados, con sus descripciones, dos cuadros de los milagros aprobados para la beatificación.

Leído el decreto, se descorrió el velo que ocultaba el cuadro.

Apareció la Beata Mariana de Jesús, radiante de hermosura. Se entonó el *Te Deum*... Se arrodillaron todos... A lo lejos retumbaban las salvas de la artillería. Monseñor Guido de Baño cantó la Misa solemne.

**TUS RESTOS VENERAMOS** La iglesia de Santa Bárbara está rodeada de tropa. No se puede pasar más que por invitación. Es la noche del 5 de septiembre de 1783. El cuerpo de la Beata va a ser puesto en los altares. La urna, llevada por el General de la Merced y varios Grandes de España, es colocada en el cruceiro de la iglesia. Reconocidos los sellos, se abrió. «Está perfectamente entero e incorrupto», exclamó el Arzobispo de Toledo.

Vestido por la duquesa de Alba y otras damas de la aristocracia, se trató de trasladarlo a un arca nueva, regalo de los duques de Alba. Resultaba muy corta, e intentaron cortar las piernas. Al realizarlo brotó un líquido sanguinolento... La gente se alborotó, y el santo cuerpo, encerrado en la antigua urna, fué colocado en el altar. Eran las once y media de la noche.

**FEBRERO DE 1809** Madrid ha escrito una de las páginas más gloriosas de su historia. España entera lucha contra el invasor.

La iglesia de Santa Bárbara está convertida en cuartel. Los franceses la han invadido, y los religiosos de la Merced, tienen que abandonar su convento. Algunos días les era permitido entrar para cuidar los pocos enseres que les quedaban, y entonces decidieron sacar el santo cuerpo sigilosamente. Una noche lo envolvieron en una sábana y lo descolgaron por una tapia al convento de Madres Carmelitas que estaba próximo.

Poco tiempo después fué llevado a la parroquia de Santiago. Libre la iglesia de Santa Bárbara de las tropas napoleónicas, fué devuelto con todos los honores el santo cuerpo.

EN ALARCON En 1838 fué trasladado el cuerpo de la Beata a la iglesia de Madres Mercedarias de Don Juan de Alarcón. Desde entonces, ellas lo guardan como su más rico tesoro.

Con motivo de celebrarse el tercer centenario de su muerte, en 1924, se obtuvo de la Santa Sede licencia para inspeccionar el cuerpo. El 16 de julio, en presencia del Excmo. Señor Obispo de Madrid-Alcalá, don Leopoldo Eijo y Garay, del reverendísimo Padre General, fray Inocencio López Santamaría, del Padre Provincial de Castilla, fray Manuel Cereiyo, de los Padres Definidores, fray Miguel López y fray Juan Gilabert, de los Caballeros de la Merced y otras personalidades, se abrió la urna. El cuerpo seguía incorrupto y fragante. Los doctores don Tomás Maestre,

catedrático de Medicina Legal de la Universidad Central, don Ramón Lobo, decano de los médicos de la Beneficiencia Provincial, y don Carlos Lacaba, médico de la Comunidad, lo examinaron minuciosamente durante las tardes del 16, 17 y 18.

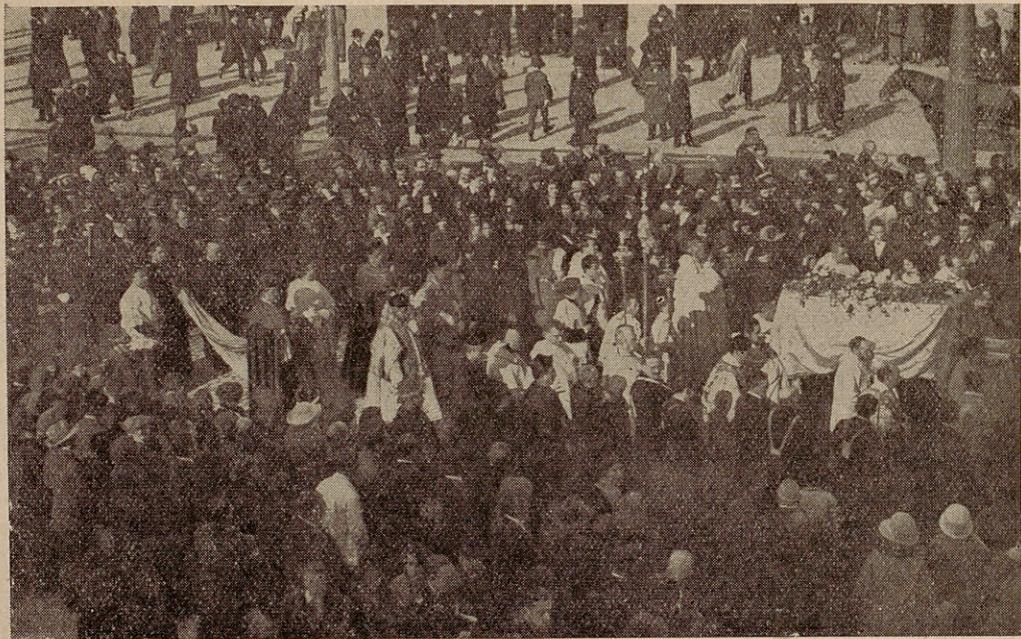
Madrid volvió a sus fiestas pasadas. La novena solemnisima en la iglesia de Don Juan de Alarcón finalizó con un triduo en la catedral. Allí había sido trasladado el santo cuerpo. Y todos, desde Su Majestad la Reina Doña Victoria y la Infanta Doña Isabel, hasta la gente más humilde del pueblo, acudieron a venerar a la Santa matritense.

Aquella agitación, aquella lucha titánica para acercarse a los sagrados restos, demostraba que el cariño que hacia su paisana sentía el pueblo de Madrid había despertado.

Fué el broche de oro de estas fiestas la magna procesión, presidida por el Infante Don Fernando, en representación de Su Majestad el Rey, para retornar a la Beata Mariana de Jesús a la iglesia de Alarcón.

**EN EL MADRID ROJO** ¡¡11 de mayo de 1931!! Madrid es una hoguera. Sus iglesias y conventos están ardiendo. El purpúreo tinte de su claro cielo envuelve a la ciudad en una nube de fuego.

Las monjas de Alarcón tienen que abandonar su convento; pero... antes «guardan su tesoro».



1924.—Procesión con el cuerpo de la Beata por las calles de Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

1877

1877

El cuerpo de la Beata es llevado secretamente a los talleres de los señores de Benito. Allí, oculto entre maderas, seguirá derramando sus gracias.

¡¡1936!! Llegan los días luctuosos de la España roja. Madrid tiembla bajo el estampido del cañón. ¡Lágrimas y sangre! ¡Desolación y guerra!... El cuerpo de Mariana de Jesús, escondido todavía, es el pararrayos que protege a su pueblo. Muchos, muchísimos no la han conocido nunca..., otros la han olvidado. Este Madrid no es el Madrid suyo, pero le ama...; sabe que volverá a ella..., y ella, lo mismo que en la celdita de Santa Bárbara, continúa siendo su dulce protectora.

¡¡13 de septiembre de 1938!! Los horrores de la guerra llenan de luto los hogares. El continuo sobresalto de ese vivir terrorífico intimida los ánimos más esforzados. La caja donde reposa la Beata Mariana tiene que abandonar el asilo que la ocultaba. ¡Día de lluvia y tristeza ese 13 de septiembre!

Envuelta en una lona, es transportada a una camioneta de la Junta del Tesoro Artístico, y, atravesando el corazón de Madrid entre el estrépito de los obuses y el silbido de las balas, llega al convento de la Encarnación, en plena zona de guerra.

¡Qué poco sabía Madrid que su Beata cruzaba de nuevo sus calles!...

Una religiosa intrépida, unas cuantas perso-

nas amigas, veneraron a Mariana de Jesús cuando quedó depositada en la bóveda del Monasterio.

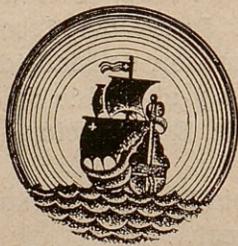
EN EL MADRID DE FRANCO ¡¡Volvieron las banderas victoriosas!!

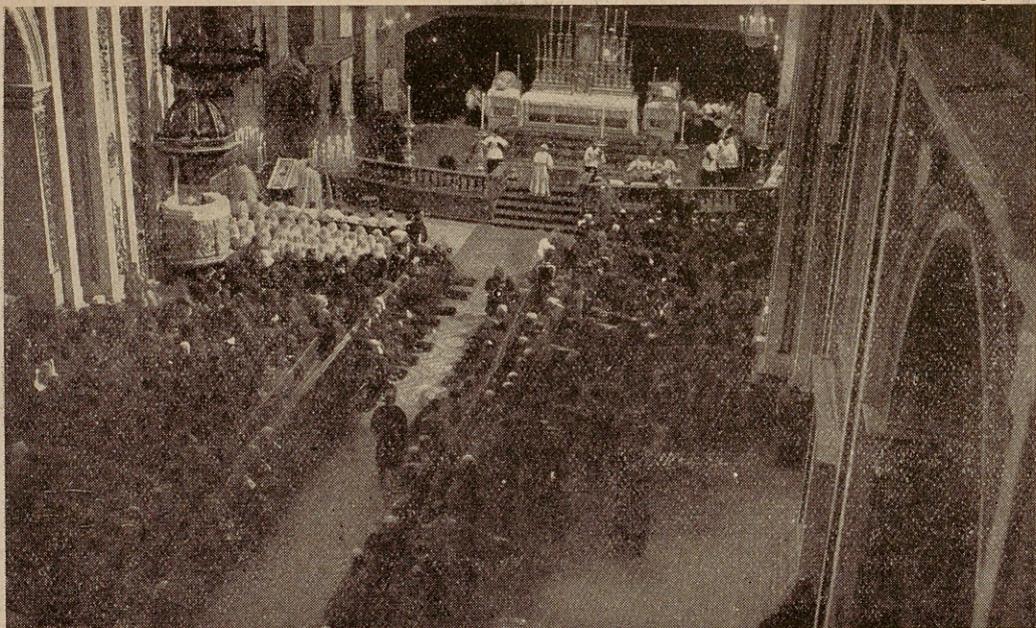
Madrid sacudió su tristeza. Sus calles se cuajaron de alegría... Las monjas de Alarcón tornaron a su amado convento después de tres años de ausencia.

Y... van a buscar a «su tesoro».

¡Mañanita fría la del 16 de diciembre de 1939! Un cortejo extraño atraviesa la Gran Vía... Es una comitiva silenciosa y solemne... Los Caballeros de la Merced llevan en hombros la urna que contiene el cuerpo de la Beata Mariana de Jesús... Detrás, algunas religiosas y personas devotas forman su corte de honor.

En el coro bajo del Monasterio, porque la iglesia está destruida, se deposita el santo cuerpo. La Beata volvía a su hogar.





1924.—Triduo solemnísimo celebrado en la catedral de Madrid con motivo del examen de su cuerpo incorrupto.



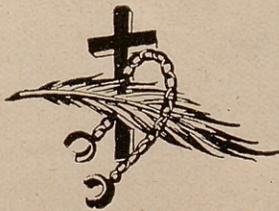
## ¿LA HAS CONOCIDO YA?

*No la olvides. En el coro bajo del convento de Madres Mercedarias de Don Juan de Alarcón está su cuerpo incorrupto y fragante, y, en el silencio de los años, te espera.*

*Es la misma que, cariñosa, acogía a cuantos la visitaban... ¿Tienes penas?... ¿Contrariedades de familia?... ¿Apuros económicos?... Acude a ella... ¿Tienes el corazón angustiado por desvíos, incomprendiones, calumnias?... Acude a ella.*

*Ella, que a nadie desechó, no te desechará a ti. Enjugará tus lágrimas, calmará tus tristezas, presentará tus súplicas al Señor... Y tú recibirás el consuelo, la paz y la ayuda que necesitas...*

*¿La has conocido?... No la olvides... Ella te espera...*





## INDICE

	<u>Págs.</u>
Al lector .....	5
Madrid tuvo la fortuna .....	7
Aspirando el aroma de sus virtudes .....	33
Así era ella .....	39
La taumaturga madrileña .....	43
La hablas del Esposo .....	47
En torno a ella .....	51
Se apagó la lámpara .....	55
Exaltación .....	61
¿La has conocido ya? .....	77







Ayuntamiento de Madrid

Precio: **5** pesetas.